

El agua que enferma y mata

Revista Semana - Nota -

Respirar o tomar un vaso de agua, representa para muchos casi un acto reflejo. Y sin embargo, para otros, satisfacer necesidades tan básicas constituye un motivo de preocupación que altera la propia salud y la de sus hijos. Uno de estos casos es el de Silvia Cristina Galarza (26), soltera y con cuatro hijos, todos con asma, una con epilepsia y Lucía, la más chiquita de un año y dos meses, quien nació sin la oreja derecha, sin su conducto auditivo y con limitaciones acústicas en el otro. Los médicos dicen que no tiene solución, y no pueden explicar por qué sucedió. Si el suyo fuera un caso aislado, algunos podrían suponer tuvo mucha mala suerte, pero hay indicios que descartan esa hipótesis de raíz.

LA PEOR LISTA. En una casa humilde del Barrio San Carlos de Esteban Echeverría, sobrevive junto a sus hijos haciendo mínimas changas, sin Plan Trabajar, ni subsidios. La zona que bordea el Camino de Cintura se destaca por sus fábricas, talleres y galpones. Y algo más: hay vecinos enfermos de cáncer, chicos con malformaciones congénitas, asma generalizada, y en un radio de 5 manzanas, más de 75 muertes por cáncer en los últimos 5 años.

Beatriz Vera es quien hace el recuento de esta triste estadística. La abuela de 48 años vió como sus dos nietos se convirtieron en víctimas del mal del barrio. El mayor nació con doble dentadura, el pecho hundido y problemas respiratorios, mientras que su nieta tiene un extraño problema en la sangre, que le provoca hemorragias por los diferentes orificios de su cuerpo. “Cuando mis nietos nacieron, empecé a moverme para intentar conseguir los mejores tratamientos posibles. Y al recorrer el barrio, descubrí que no era la única que estaba pasando por esa situación. El médico me decía que me olvide de hacer lío, que de nada servía, que me vaya a vivir debajo de un puente porque iba a estar más segura que acá”, cuenta con la mirada seria y vidriosa que refleja un largo sufrimiento en el alma. En un cuadernillo, escrito a mano con birrome de color rosa, tiene un detallado registro de personas. En una columna anotó nombres, en otra la enfermedad y en la tercera, la fecha de muerte de sus vecinos. “Al ver tanto velorios, empecé una especie de encuesta de salud, porque me parecía que todo era un poco más serio que una simple coincidencia”. Tan errada no estaba.

A su censo, le sumó las denuncias al Concejo Deliberante de Esteban Echeverría, para pedir pericias ambientales, de sanidad, el retiro de transformadores de luz con PCB (material cancerígeno), una auditoría de las fábricas de la zona y el control de sus residuos. Algunas de ellas, descubrió, figuraban como empresas alimentarias, cuando en realidad manipulaban compuestos químicos (las delataba el olor y los colores de los desperdicios) o directamente, ni figuraban en los registros municipales. Lo demuestra un terreno con miles de tanques apilados con etiquetas de ‘Biohazard’ (o sea ‘material de origen biológico peligroso para la salud’) esperando para ser limpiados al aire libre, volcando los desechos en una cloaca residencial o en pozos ciegos.

Silvia, por su parte, sostiene “Me da miedo pasar con los chicos cerca del arroyo que cruza la calle Olimpo. Ahí desagota un tubo que viene de las fábricas, que larga una espuma rosa. Es un asco y un peligro”, se queja indignada y con razón. Está convencida de que los problemas de sus hijos, se deben al ambiente en el que viven. Lo peor, es que dos años atrás, se mudó de Ezeiza a Esteban Echeverría, escapando de los rumores de contaminación radiológica proveniente del Centro Atómico (CAE), dependiente de la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA).

URANIO EN AGUA. Porque allí, en los alrededores del CAE, un grupo de vecinos fue alertado por los resultados de una pericia encargada por el Juzgado Federal N°1 de Lomas de Zamora en la Causa N° 5452, donde el geólogo Fernando Máximo Díaz, en sus conclusiones afirma que “las actividades del Centro Atómico (actuales y/o pasadas) han afectado las aguas subterráneas de la región a nivel que impiden su uso como agua de bebida humana” y que hallaron, altas concentraciones de uranio “de origen antrópico”, es decir manipulado por el hombre.

Ante semejante amenaza, Enrique Merlo y varios vecinos de las zonas que toman agua del acuífero Puelche (Luis Guillón, Ezeiza, Esteban Echeverría y Monte Grande) se reunieron y, con Greenpeace, presentaron un petitorio con más de 15 mil firmas ante el presidente Néstor Kirchner, solicitando: el envío de agua segura, la realización de un monitoreo externo del CAE y un censo epidemiológico. Hasta hoy, el Ejecutivo no emitió su respuesta. “Queremos soluciones para nuestros problemas. Necesitamos agua segura para todos los damnificados. No pedimos la renuncia de nadie, queremos que actúen”, aclara Enrique Merlo (54), comerciante de la zona, casado y con una hija, Bianca de 9 años.

En tanto, Rubén Calabrese, titular del CAE, sostiene que “La pericia del Licenciado Díaz es errónea y lo prueban los estudios, ya anexados a la causa, de la Organización Mundial de la Salud y la Comisión Internacional de Energía Atómica, de los que se deduce que el agua de las muestras sólo es potable desde el punto de vista de la radiación. No de otros posibles contaminantes”.

Para Calabrese “Hay dos temas en torno al Uranio. El definido como ‘uranio enriquecido’, obtenido en plantas nucleares (pero no en el CAE), que es aún más caro que el oro y desecharlo costaría muchísimo dinero”. El segundo aspecto es que la denuncia judicial generó sospechas en la Comunidad Internacional sobre la existencia de una planta generadora de uranio enriquecido clandestina, utilizada para fabricar bombas atómicas, “Hipótesis descartada por veedores internacionales quienes confirmaron que el uranio era de origen natural”, agrega Calabrese aunque luego admita que “el problema de la contaminación no es una fantasía, pero no se puede responsabilizar al CAE por todo”.

Hoy los vecinos viven sobre una bomba de tiempo, de la que nadie se hace responsable. Otra vez la corrupción atenta contra la salud de la gente.

Luján Araujo | Fotos: Eduardo Lerke